

JUVENTUD QUE FUE

DAVID MARIA
TELLECHEA SANTAMARTA



La juventud se nos va tras de los muertos. Y todos los años, sin embargo, nos volvemos a encontrar. Un poco más tristes. Por el recuerdo de los que se fueron, jóvenes también. Y con ilusiones, eternas. Se marcharon.

Siempre es momento de homenajes. Y nostalgias.

En el ancho cajón del corazón. Se esconden. Para la eternidad. Y la memoria de los que se fueron. Vuelve envuelta en nubes de años pasados. Cecilio, Boni, Bittor... Voces que algún día sonaron junto a las nuestras. Y seguirán oyéndose, por siempre. Allá donde los muertos también viven. De recuerdos. Y nos esperan, pacientemente. Para fundirse, de nuevo, en anhelos de la tierra madre. Que jamás perecerá. Y seguirá escuchando, atenta, paciente. A los hijos que viven/mueren, año tras año, día tras día.

Algo se nos murió también, cuando lo supimos. Y la historia de Rentería, se vistió de luto. El Panier, Junto al río, su hermano, otrora espejo. Hoy muerto, de inmundicia.

Se nos fue, con la corriente de la vida. Más lejos que la desembocadura y el puerto. Movido, quizás, por el viento de la razón. Que a veces nos empuja.

Y sus salones, albergue estomacal de tantas celebraciones. Y risas, humos y cánticos. Que ya no mecerán al niño vestido de marinero. O a la dulce pareja que iniciara su andadura de ilusiones.

Yo no sé cual va a ser el futuro de su adorable esqueleto. Mas debería conservarse, convertido en museo de artes gastronómicas. Y así, al menos, su recuerdo dulcificaría la nostalgia. De algo que también ha muerto, para siempre.

Un recuerdo, asimismo, a otra desaparición. Esta vez nos atañe por proximidad de parentesco. Por eso, las lágrimas de la infancia perdida. Anegan silenciosas, los ejes de la vida.

La peluquería de Santamarta. ¡Cuánta juventud se nos fue tras aquellas montañas de cabello! Que, con paciencia, el tío Emilio desgranaba de nuestra cabeza.

Estoy seguro que estos mis tristes/alegres recuerdos, van a ser compartidos. Por cientos de renterianos que aposentaron, con regularidad, su cuerpo sobre los vetustos sillones. Que giraban, como la vida misma. Sin darse cuenta que iban muriéndose, poco a poco.

Ahora se puede decir que la plaza, ya no es la misma. De antaño. Un trozo muy nuestro, se quedó tras la persiana. Que ya no se volverá a abrir, nunca más.

Dicen que nevó en Rentería. Y mucho.

La fría blancura. Polvo de nubes húmedas, que tiritan. Y van soltando su carga silenciosa. Que lo cubre todo.

Por un tiempo, no habrá suciedad, porquería. Todo quedará escondido, bajo la ficticia capa blanca. Y a lo mejor nos volveremos más buenos, más alegres. Y nos amaremos a base de lanzarnos con furia/risas/gritos, bolas de nieve. Así es la vida. Y al morir, la nieve, nos dejará barro y porquería. Otra vez. Y todo seguirá igual, caminando hacia el futuro, de nuevo.

Recuerdo un «olentzero». Nevaba en abundancia. Y hacia frío, mucho frío. Era curioso observar las boinas teñidas de blanco. Y nuestras voces ateridas, meciendo al «tripaundi». Que sonreía tras la cortina de nieve. Una ilusión.

Todo es historia. Y todo fue y luego será. Estos mis recuerdos, amplificados por la caja de la ausencia. Son pasado, también. Y porvenir. Y cimientos, para que la actual juventud. Edifique sus ilusiones, a veces perdidas.

Un pueblo es lo que desean sus hijos. Y estos han de crear su propia historia. Siempre, palpitante de juventud. Para que, al cabo del tiempo, existan los recuerdos, hitos de la vida.

Si no fabricamos recuerdos, es que, incluso, es posible que estemos muertos.